

Raíz amorosa poética de Chumacero

Jaime Labastida

Poeta ceñido y certero, hombre sabio y libresco, Alí Chumacero, a sus noventa años, sigue siendo una presencia fundamental en la literatura mexicana. Jaime Labastida explora en este texto la intrincada poesía amorosa del gran nayarita.

La amistad que me vincula al poeta Alí Chumacero tiene más de cuarenta y cinco años, aun cuando mi lectura de su poesía se remonte a fechas anteriores. Inicé mi intervención con estas palabras, inútiles sin duda, porque aquí y ahora deseo hacer caso omiso de esos vínculos estrechos para centrarme sólo en el examen de su poesía. Quiero que no me ciegue el cariño; que me sea posible hablar tan sólo de su poesía; que pueda hacer abstracción de su persona; con otras palabras, quiero fingir que no sé nada de él; hacer como si no lo conociera y elevar algunas tesis sobre su poesía como si le perteneciera a un hombre por completo ajeno a mí y no al hombre entrañable que es para muchos de nosotros.

Tres breves libros forman la totalidad del espacio poético de Alí Chumacero. Pero esos tres libros, a pesar de su brevedad, son intensos como pocos en la poesía de lengua española. Si nos detenemos en los títulos de estos libros, surge una primera imagen, dura: *Páramo de sue-*

ños, Imágenes desterradas y Palabras en reposo nos aproximan, todos ellos, a la desolación. Páramo es terreno yermo, raso, desabrigado, dice el DRAE. Por lo tanto, los sueños de Chumacero ocurren en terreno donde nada crece porque está desolado: esto corresponde al primer libro. Luego, las imágenes (suponemos que todas las imágenes, tanto plásticas como auditivas) han sido desterradas, es decir, carecen de tierra y su raíz está seca (hablo del título del segundo libro). Por último, las palabras del poeta habrán de quedar, y para siempre, en reposo, como indica el tercero de los títulos. Así, pues, entre 1944, fecha en que se publica el primer libro y 1956, en que aparece el último, corren doce años: son los años fértiles de la creación, tras de los cuales sobreviene el silencio.

Un poema, denso sin duda alguna, acaso nos indique la clave para captar el sentido de la poesía de Alí Chumacero: “Poema de amorosa raíz” (perteneció a la segunda sección de *Páramo de sueños*, que recibe el nom-



Jaime García Terrés, Alií Chumacero, Max Aub y Emmanuel Carballo, 1960

bre de “Amor entre ruinas”). El título y el sentido entero de ese poema nos dan la clave para interpretar la poesía de Chumacero porque, a mi juicio, la totalidad de su poesía posee una raíz amorosa. Añado que esa raíz amorosa, como sus sueños, no puede sin embargo crecer. El amor y los sueños fueron sembrados en páramo, en campo yermo, ya lo dije. Acudo a unos pocos versos de “A una flor inmersa”. Dicen: la flor cae “sobre la losa del sepulcro”, cae sobre la mano y “cede a su suavidad de sábana mortuoria”; “deja una huella: pie que no se posa/ y yeso que se apaga en el silencio”. Por su parte, “Ola”, que junto con el poema anterior precede a la sección inicial del libro, “Páramo de sueños”, dice: “Hacia la arena tibia se desliza/ la flor de las espumas fugitivas”. ¿Qué le sucede a esta ola? “Quiebra su forma, pierde su albedrío/ y en un instante de candor o ala/... como ciega tormenta despeñada”/ se abandona “al cuerpo que la acosa.../ y sabe cómo al fin la arena es tumba”. El mar empuja la ola hacia la arena, su propia tumba, “frontera temblorosa donde se abren/ las flores fugitivas de la espuma/ resueltas ya en silencio y lentitud”. Los dos poemas iniciales de *Páramo de sueños* parecen ser descriptivos en tanto que aluden a objetos externos; el referente del primero es una flor inmersa en el agua; el del segundo, una ola. Empero, en los dos está presente una subjetividad, una emotividad muy densa: son sólo pretexto para que el poeta exprese su desolación. ¿Qué palabras son las más frecuentes en estos poemas? Sombra, oscuri-

dad, muerte, silencio, tumba. Tras de esos dos poemas iniciales, se abre, en verdad, el páramo de los sueños. Todos los poemas de esta sección tienen una clara raíz amorosa.

El primero es “Vencidos”. Los amantes del poema son “mudos cadáveres precipitados”, que dicen: “morimos en nuestras propias manos” y “al mirar un espejo / hallamos dentro sombras silenciosas/ o una paloma destrozada”. Estos amantes se hallan enamorados “del dolor de la carne” y son, “Igual que rosa o roca:/ crueles cadáveres sin agonía”. El segundo poema se llama “Espejo de zozobra”. El poeta se mira “en un espejo/ o en el fondo del agua”. Este Narciso ve cómo se acerca “su sombra, lenta e inclinada”. El poeta y su sombra: un doble sueño, una “palabra/ inserta en eco hasta llegar/ a la primera orilla del silencio”; es decir: una palabra muda o inaudible, cuya “imagen se asoma alargando los brazos,/ buscando asir lo inasidero,/ lo que dentro de mí resuena/ como sombra apresada en las tinieblas/ que quisiera hallar una luz/ para poder nacer”. Por esto, se añade: “Estoy junto a la sombra que proyecta mi sombra”: el poeta, este Narciso que se mira en el espejo, sólo ve su sombra (ni siquiera alcanza a oír su voz). El sueño, entonces, “destroza el espejo” y, finalmente, “reclina su voz sobre la mía”. En este acto, el postrero, el poeta dice: “ya estoy frente a la muerte”. ¿De qué espejo se trata? Podría ser, desde luego, el espejo de azogue donde el poeta se mira. Pero el poeta va más allá: el espejo es un espejo de palabras donde halla

su sombra y lo que ve Narciso de su rostro, en ese espejo de palabras, en el poema mismo, es el rostro de la muerte (de su muerte). En otros poemas de esta sección, leemos versos como éste: “n a vego en aguas de la muerte”. En otros, el poeta siente que su sangre está “en el hielo,/ más fría que la estatua bajo el agua”. Las imágenes que se reiteran aluden a silencio, estatua, muerte, sombra, zozobra, angustia. En la piel, “un solo y único sollozo/ germina lentamente.../ con un silencio de cadáver insepulto/ rodeado de lágrimas caídas”. Todos somos, entonces, “desolación o cruel recuerdo,/ vacío que no encuentra... ni forma,/ rumor desvanecido en un duro lamento de ataúdes”. Abandonemos el examen de la primera parte del libro, el páramo de los sueños. La segunda parte corresponde al “Amor entre ruinas”. Un preámbulo, pues; luego, sueños que se desarrollan en campo yermo; ahora, el amor.

¿Dónde crece el amor? Parece que naciera finalmente un rayo de luz, porque se dice: antes de que el mundo existiera, “ya éramos tú y yo”. El ritmo de los versos del “Poema de amorosa raíz” es de arte mayor; el poema tiene la estructura sáfico adónica: cuatro estrofas sujetas por los endecasílabos y los alejandrinos que terminan, siempre, en un heptasílabo. Pero no intento hacer el estudio técnico del poema, sino desentrañar su sentido. Advértase: el amor crece, vive o muere entre las ruinas. ¿Acaso el amor mismo es una ruina más entre las ruinas? El tema del amor entre las ruinas reaparece bajo la

forma de poema en el segundo libro de Chumacero. ¿Qué indica esto? Tal vez, ¿por qué no?, que el amor es, para el poeta, algo cercano a la desolación; algo que no puede ser totalmente realizado. Los poemas de Chumacero poseen una raíz amorosa; al propio tiempo, muestran la dolorosa realidad ante la que sucumbe el poeta, digo, que el amor pleno es imposible. Anhela amar y ser amado y sólo encuentra el páramo de los sueños o el amor entre las ruinas.

Lo diré con otras palabras: el poeta está transido por el deseo. Su deseo tiene dimensiones absolutas. Quiere un amor completo, busca en la mujer la realidad total pero halla sólo desolación y ruinas, los sueños frustrados. Por eso, igual “Como el fúnebre aire desciende por las noches/ sobre los árboles, irrumpes fiel,/ devastadora y ciega”. Así, la mujer que llega fiel, todas las noches, a la soledad del hombre, semeja el aire fúnebre que desciende sobre los árboles. El aire fúnebre es, como la mujer, devastador y ciego: el aire fúnebre es, por lo tanto, a los árboles sobre los que desciende, lo mismo que la mujer al hombre ante el que irrumpes, “devastadora y ciega”. Finalmente, pues, la mujer estará “siempre rodeada de lágrimas y sombra”.

Vayamos, por último, a *Palabras en reposa*. El libro tiene dos secciones, que indican cuanto ya he dicho: soledad, angustia, frustración: la amorosa raíz está seca, en un páramo de sueños. La primera es “Búsqueda precaria” y en él se incluye uno de los poemas decisivos de la

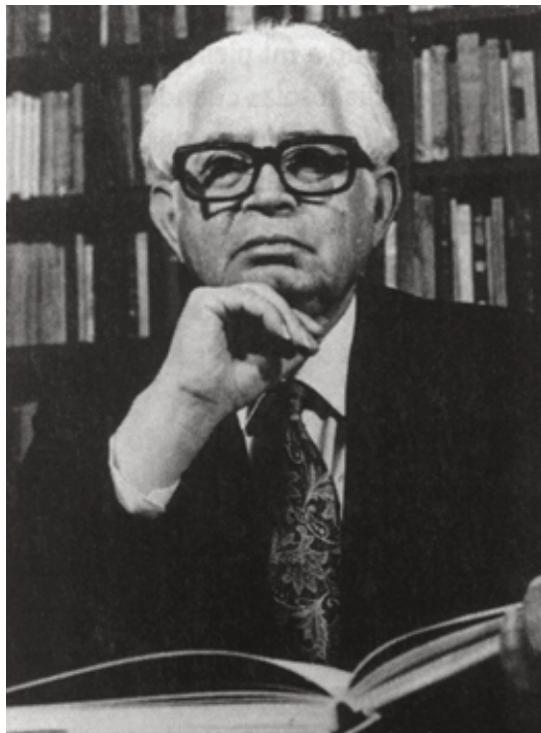


Ali Chumacero, Joaquín Díez-Canedo y José Luis Martínez, Córdoba, Veracruz, 1945

lítica mexicana de todos los tiempos, “Responso del peregrino”. Responso es, en la liturgia católica, la oración que acompaña al rezo por los difuntos. Peregrino es, por su parte, el extranjero, el que ha sido expulsado de su tierra natal y habita en tierra ajena: el peregrino es, en Roma, lo mismo que el *meteco* en Atenas. Un extranjero ha sido expulsado y eleva un responso por él mismo. El hombre está ya muerto: el difunto peregrina. ¿De qué tierra ha sido expulsado este peregrino? Del amor, de la mujer que ama. ¿Por qué está muerto? Porque ha cometido una falta, de tal manera grave, que es un difunto que eleva, para sí mismo, un responso. El peregrino pide piedad; desea ser perdonado y se confiesa, como en el ritual católico: “Yo, pecador, a orillas de tus ojos/ miro nacer la tempestad”. Su confesión no va dirigida a ningún sacerdote. Confiesa su falta ante la mujer que ama. De ella espera el perdón, pero lo que mira en sus ojos es lo contrario: el nacimiento de la tempestad.

Esa mujer ha sido “elegida entre todas las mujeres”. Quiere decir que el peregrino es un peregrino de la carne: ha ido de una mujer a otra hasta elegir a una entre todas. Pero esta mujer, única y en verdad amada, ha sido traicionada por él. Su falta lo obliga a verse como un muerto: “sobre el aire dejas”, le dice, “la orla del perdón”. La llama, como a la virgen, María (y no importa si éste sea su nombre verdadero). Lo que importa es que esta mujer, la mujer poética, la mujer literaria, se conduce en el poema como una mujer terrible que no otorga su perdón. Está en silencio: “Hablo y en la palabra permaneces. No turbo, si te invoco,/ el tranquilo fluir de tu mirada”. Por esto, la mujer iracunda es la “Petrificada estrella, temerosa frente a la virgen tempestad”. Una estrella, pues, lejana, acaso, ¿por qué no?, ya inalcanzable: está hecha una piedra y de ella, de sus ojos, nace la tempestad. El último verso se hermana con el primero. El perdón no acude: nace la tempestad.

De tal manera es ominosa la falta que el poeta siente una amenaza terrible, que pende no sólo sobre él sino también sobre sus hijos. Esta mujer iracunda pudiera transformarse, cegada por los celos, en Medea: “Aunque a cuchillo caigan nuestros hijos/ e impávida del rostro baje a ellos/ la furia del escarnio”, en su barro (el barro de la mujer) se ha prolongado su linaje. Por esto, una vez más, el poeta implora la piedad: “mientras mi lengua en su aflicción te nombra/ la primogénita del alma”. A pesar de todo; pese a la ira incontrolable, el hombre ama a esa mujer, a la que llama “primogénita del alma”. Él está muerto, sin embargo: “con tu mano arrojarás la tierra,/



Alí en mayo de 1991. Foto de Daisy Ascher

polvo eres triunfal sobre el despojo ciego,/ júbilo ni penumbra, mudo frente al amor”. Ya no podrá invocarla: “no podré/ ni contemplar el duelo de tu rostro,/ purísima y transida, arca, paloma, lápida y laurel”. ¿Ha pasado el diluvio? ¿Se anuncia un rayo de sol sobre las aguas? Aparecen el arca, la paloma, el laurel, ¿por qué la lápida? No se anuncia el perdón; la mujer está encerrada, dura, en el silencio: “nada responderás: sólo tus ojos/ reflejarán la tempestad”. La mujer, sin embargo, al no perdonar, quedará sola, gemirá de amargura cuando sienta que es la “cristiana sepultura de mi desolación”. Por último, el poeta reitera la palabra sobre la que se desarrolla el poema: “en el desierto inmenso añorarás la tempestad”: la tempestad del alma, la ira, la ausencia de perdón. En otro poema, se dice, finalmente, que la noche alza “el salmo del olvido” y “levanta la tempestad soberbia de la muerte”. No habrá jamás perdón, tan sólo olvido: “Todo en silencio a la quietud navega” y el último verso del libro dice todo lo que el poeta quería, al fin, decir, antes de que sus palabras lleguen al reposo: “El huracán cesó y en torno de la estrella/ recuerda en mí la soledad su nombre”. Gracias, Alí, por esta poesía, perfecta y densa. ■

El poeta está transido por el deseo. Su deseo tiene dimensiones absolutas. Quiere un amor completo.